Discurso leido en la sesion que el Liceo Hidalgo celebró en honor de D. José Joaquin Fernández de Lizardi.

SEÑORES:

UMPLIENDO con el encargo del Liceo, voy á pronunciar un elogio sobre el escritor nacional José Joaquin Fernandez de Lizardi. Haré, sobre este asunto, una prosa en aquel romance humilde que sirve á los vecinos y vecinas para charlar unos con otros, hasta en la Sociedad Católica; ni soy tan letrado como los poetas y oradores que florecen en la Voz de México; ni el Pensador Mexicano se distingue como escritor elegante y ladino; así, pues, el interes de esta escena literaria se reducirá al tributo de admiración que, un hombre del pueblo á otro hombre del pueblo, rinde con ingenuidad ante una concurrencia tan complaciente como ilustrada.

¿Con qué títulos habrá podido ocupar vuestra atencion y comprometeros á la presente solemnidad, un escritor, que de ninguna manera puede figurar entre nuestros clásicos, si es que algunos clásicos tenemos? Me lisonjeo de haber adivinado vuestro pensamiento. En los hombres de la palabra, vosotros, no confundís al revolucionario con el artista; ni aun en el caso de que ambas vocaciones se presenten juntas. La mision del artista es deleitar; no aventura una voz sino en las

alas de la armonía, como una primadona; y, para sus pasos de bailarina, pide al arte lo que la naturaleza suele negar á las piernas de las musas: el escritor artista siempre está vestido de boda. Es Virgilio, admirable para pintar las calaveradas de dos viudos; y que obliga á sus guerreros á respetar el último bando sobre pulquerías, temeroso de que se expresen como en los combates que describe el semibárbaro Homero. Tales escritores, cuando envejecen, forman las delicias de los gramáticos y el terror de todos los estudiantes; nuestros nietos están predestinados á analizar los castos epitalamios de Sebastian Segura y las saudades del Sr. de Caravantes.

El orador revolucionario habla, pero rara vez deja huellas sobre el papel; es un fantasma, el terror y la admiracion de los pueblos lo atestiguan! Cuando el cristianismo destruyó en Europa la civilizacion antigua, un fraile proyectó extender la nueva barbarie, la barbarie ascética y feudal por toda el Asia; no se aterró ante el islamismo triunfante, ante ese hércules de la realidad, engendrado por la palabra y el fanatismo, bajo las palmeras del desierto; sin más armas que su báculo de peregrino y sus ardientes predicaciones, recorre las aldeas y las ciudades; y habla... nadie sabe cómo! De seguro no fué tan erudito como el héroe de nuestra reciente lucha sobre la protesta constitucional; acaso fué ménos piadoso; pero ese grotesco orador precipitó las generaciones de tres siglos sobre los arenales que rodean el sepulcro de otro orador, tambien revolucionario.

¿Y será digno de alabanzas y de gloria, el hombre que se sirve del verbo creador para envolver la sociedad humana en destructoras tempestades? Vosotros lo decidisteis ante las consecuencias del primer cataclismo provocado por las palabras audaces de un ángel descontento.

¿Quién no conoce á Luzbel, y quién ignora su historia? El mismo *Pensador Mexicano* ha hecho sobre aquel personaje una pastorela, que el clero ha conocido más que la Biblia.

Al primer plan revolucionario, digan lo que quieran sus enemigos, sólo le faltó, para pasar por bueno, lo que al de la

Noria, realizarse. Pero gimieron las alturas con el ¡ay! de los vencidos; y el caudillo y sus secuaces desaparecieron en una hoguera; y en torno del fuego se formó una costra de lava; y entre las llamas aparecieron los árboles con sus flores y sus frutos; y entre el humo extendieron sus alas y derramaron sus cantos las primeras avecillas; y la coqueta Iris levantó sus faldas, provocando las miradas del Sol, hollando las perlas que se desprendian del collar y se derramaban por el seno de una nube celosa y fugitiva, y, de los mares y de la tierra extrajo perfumes donde se agita el embrion de la vida; y existió el Paraíso; y bajo la sombra de un manzano, aquel ángel perdido, la mujer, descubrió el cielo del amor y se resolvió á recorrerlo en las alas de la hermosura!

El Sol, mi amigo el Sol, que descubrió á mi corazon la vírgen y la madre de mis amores; la diosa de la noche que hoy envuelve en su velo de plata un altar convertido en tumba; las estrellas verdes, azules y rojas, guirnalda con que se adorna la sombra que me convida con un lecho misterioso; y la flor, madre de la sonrisa; y el vino, que dulcifica nuestros dolores; y el canto del poeta que nos trasporta á un mundo de delirios; y esos lábios en cuya ardiente copa, el beso, el revolucionario beso, alcanza á mezclar la divinidad con la locura; astros, flores, aves, inmortalidad, mujer, todo lo que se llama belleza, admiracion alegría y pasion y sublimidad, todo es obra del diablo.

El Pensador Mexicano fué el diablo para la época colonial, en nuestra patria; Hidalgo, el guerrero, fué una máquina de combate; Lizardi, el analizador, fué el rayo que á un mismo tiempo destruye é ilumina: Hidalgo rompió las cabezas; Lizardi las arregló de nuevo. Sólo el cráneo fósil de Balcárcel se conserva entre los restos paleontológicos que se encuentran en el desagüe de Huehuetoca.

¿De qué me serviria, señores, ser nigromante si no alcanzase á evocar, ahora mismo, á los vireyes españoles y á sus dignos gobernados? ¿Necesito, por ventura, valerme de alguna fórmula mágica? En mis manos tengo el dariferio baralip-

ton de los escolásticos y el cabalístico silabus de Pio Nono. ¡Salid espectros.

Ved á los hombres de aquel tiempo feliz, conspirando entre los atractivos inocentes de una danza de pluma! Orozco y Berra, en esta vez exacto á pesar de ser anticuario, nos trae muy á propósito, de las orejas, á los famosos marqueses del Valle. Alonso de Avila hace el papel de Moctezuma; proclama al marqués emperador; y, valiéndose de un truhan, un ascendiente de la comision que fué á Miramar en busca de Carlota, dice á la marquesa: "tómate esa corona." Y, todo esto se llama una conspiracion, y ocupa un tomo! Romero, el hermitaño de Soconusco, hubiera publicado, á costa del Erario, tres ó cuatro. ¡Dichosos tiempos aquellos en que no se enriquecian á costa de nuestros ingenios los ilustrados impresores!

Ni siquiera en aquel tiempo se publicó y vendió el diario del ahorcado, aunque hubo muchos, y el populacho, como ahora, tenia hambre y sed de justicia.

Los descendientes de los aztecas eran felices. Todavía hace un siglo, decia el padre Fray Francisco de Avila, en un Arte de la Lengua Mexicana: "Los indios.... son hambrientos que hartan; desnudos que visten; comen sin asco y viven sin vergüenza. Hábleles el cura con imperio; niégueles asiento; hágalos hablar en voz baja; y.... espántelos con el azote."

Los dos religiosos á quienes debemos la relacion de algunas cosas que sucedieron al padre Fray Alonso Ponce, nos lo presentan continuamente recibido por los indígenas, con xuchiles y teponaxtles, y por los frailes y monjas, con chismes; esto fué en el primer siglo de la conquista. Entónces los comerciantes se servian de su rosario en lugar de los libros que hoy exigen Zambrano y lo que se llama partida doble; el más insigne de los fundadores de Santa Clara, segun cierto fraile apóstata, llevaba, con su camándula, la cuenta de sus pecados y la de sus marchantes; y no lo han canonizado, porque hoy el padre Cortázar lleva sus cuentas segun el método perfeccionado con que se justifican los gastos de guerra.

Preciso es convenir en que la nobleza, entónces, propendia

á la democracia; el confesor salia del pueblo; el lacayo era el pueblo; y el mismo conde habia sido iniciado en la vida, por el pueblo; y las señoronas escogian sus amantes entre los títulos, los lacayos y los capellanes. Ahora se ha mejorado el gusto; las damas de Carlota no tienen debilidades sino con los ambidextros suavos ó con los jesuitas, que son los suavos de Roma.

En las hermandades y cofradías; en los locutorios de los monasterios mujeriles; y en ciertas casas sospechosas, como hoy en la Sociedad Católica, en el café, en el mecting y en este Liceo, se agitaban las cuestiones europeas, las noticias particulares de España, la literatura del dia y la crónica escandalosa; la Inquisicion, sin alarmarse, tomaba parte en tan inocente regocijo. La horca y la hoguera no funcionaban como una necesidad, sino como una diversion periódica, ni más ni ménos como la crucifixion de Cristo y las pataletas del Iscariote en la Semana Santa.

¡Dichosa edad aquella! Esas ciencias que, en estos últimos años, han incendiado como pólvora las cabezas de Bufon, Lavoisier, Laplace, Cuvier, Humboldt, se encerraban en un silogismo y se demostraban en una botica; y las ciencias llamadas morales, y las abstractas, se monopolizaban en la Universidad; y la Naturaleza no salia de un almirez, y la sociedad se gobernaba por medio de un alguacil, y el mismo Dios se escondia entre los picos y las borlas de un bonete.

Y el mundo imaginario andaba como el mundo real.

Entre las sombras de la noche, una esposa inquieta y desvelada, despertaba á su marido para que oyese á la mujer llorona y para que la protegiese contra duendes y aparecidos.

Los religiosos aquellos que acompañaron al padre Ponce, nada supieron de la Vírgen de Guadalupe; pero Juan Diego y Zumárraga, al cabo de un siglo, atestiguaron la aparición milagrosa. El Señor de Chalma se apoderó de una cueva en las inmediaciones de Malinalco. El Señor de Santa Teresa se renovó en Ixmiquilpan. Y á propósito de estas imágenes, no debemos olvidar, que, si bien algunos las tienen como defec-

tuosas, otros artistas las recomiendan como modelos; y por lo mismo será conveniente que el divino Alcaraz complete las dudosas escuelas de pintura y de escultura que guarda en la Academia de San Cárlos, con esas preciosidades de un pincel y de un cincel celestiales; y si quiere hacernos felices, tenga la bondad de dejarnos su mismísimo retrato.

Yo recuerdo con ternura la guerra de nuestra Independencia; los proyectiles mortíferos servian entónces de flores y de estrellas á mis progenitores en su lecho nupcial; y mi cuna de espinas ha sido mecida á los cantos del trágala, y me he adormecido con los anatemas de la Inquisicion que maldecian á los insurgentes y á su descendencia. Yo, señores, soy uno de esos malditos! Mi padre, al bajar á la tumba, sabia bien que me dejaba un legado de persecuciones y de reformas; y en su ósculo postrero, dejó ardiendo sobre mi frente la marca de la proscripcion y de la gloria: yo sólo tengo miedo á la agua bendita y á las libreas. Mi tímida madre cree, á veces, haber producido al antecristo; pero cuando me contempla en el calvario adonde me han conducido el alteza serenísima de las prostitutas, el presidente de los que juegan rentas y el emperador de los decentes, reconoce en el hijo al padre, y sonrie viendo cómo pasa á sus piés la estela de sus únicos amores. Por eso tambien yo siempre he levantado un altar para una|santa mujer; niño, mi madre; hombre . . . pudo caer el ídolo, pero mi incensario no ha agotado sus perfumes!

El Pensador Mexicano, como yo, como el siglo, adivinó que la revolucion es la mujer. ¡Con cuánto amor se dirige á la amante, y á la madre, y á la abuela, para convertirlas en sus cómplices, y para convencerlas de que la nueva generacion debe ser enteramente americana y jamás gachupina. Desaten esas manos del niño para que acaricien libremente los pechos de una madre; no dejeis acercar á la tranquila cuna los espectros ni las almas en pena; derramad semillas de verdad y de ternura en la inteligencia y en el corazon de la fecunda infancia; un solo-amor reine en el pensamiento de la edad viril, y una prole bien lograda sirva á la ancianidad de báculo y de

corona; libertad para el pensamiento; libertad para el trabajo; libertad para las afecciones.

De este modo el disertador, que hoy nos parece fastidioso; el novelista, que hoy no competiria con Sosa; el periodista inferior á La Voz de México; el más humilde, aunque el primero de nuestros pamfletarios; el Pensador Mexicano propone cuestiones que medio siglo despues hemos resuelto; ¡sí! hemos resuelto muchos en esta guerra titánica que se enorgullece con el nombre de Reforma.

Nosotros podemos apreciar sus trabajos! Nosotros, los amantes de una musa cuya cabellera desordenada flota sobre las desnudas espaldas; cuya veste desceñida desafia las miradas indiscretas, y cuya mano sólo se sirve del velo de la elocuencia y de las flores de la poesía para ocultar el puñal de Bruto; nosotros debemos salvar del olvido al varon insigne, que ha sido el padre verdadero del Payo del Rosario, del Gallo Pitagórico, de Don Simplicio y de Las Cosquillas. Recuerde la posteridad agradecida al Pensador Mexicano, aunque nosotros nos pudramos en el desprecio, que servirá de tumba á los clásicos religiosos y románticos, y espiritualistas y culteranos, que hoy se entregan á una escandalosa bacanal con las musas más púdicas, en las regiones nebulosas del Parnaso Azteca.